

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO"

MOMENTOS

Risa infantil, preludio de la fatal dolencia. Mañana serán hombres estos niños de ahora. Hombres y niños vamos unos de otros en pos.

Feroz lección de la cronología: Círculos atrás y es la armonía de los dorados pórticos de Atenas: la ciudad del eterno mediodía y las frentes serenas.

Hamlet y Otelo. Hamlet siempre inseguro y Otelo que asesina, puñal en mano. Pensar es detenerse frente al futuro. Vivir es ir de espaldas hacia lo arcano.

Para el amor no hay vallas. Es un reino sin nobles ni miserables. Sólo el Espíritu alza murallas infranqueables.

Trágica duda cuando tenemos sus manos bienamadas en nuestras manos y no sabemos si son de veras nuestros hermanos. Trágico ambiente el formado por esos seres queridos para quienes seremos desconocidos eternamente.

Benjamín Taborga.

ATOMOS NEGROS PTHOS

La Tierra se estremeció cuando dió a luz al Hombre. Pthos, el Gigante, fué soterrado en castigo de su rebelión.

Quando se recobró del aturdimiento de su caída, cuando despertó de su torpor profundo, se encontró encadenado y subterráneo: montes sobre montes se hacían encima de él.

Gigante, poderoso y rebelde, descendiente de titanes y semi-dioses, sintió que su aliento divino le ordenaba reconquistar su libertad y su poder.

Y comenzó su enorme obra de topo; obra de tiempo, de paciencia, de dolor, de desalientos y reacciones, de fuerza y lucha, sin más auxilios que su voluntad inflexible, su soberbia, su fuerte naturaleza, su espíritu inmortal y sus propios instintos, únicos residuos que le quedaban como reminiscencias de hábitos de fuerzas y virtudes de que había sido desposeído en su caída.

Y el Gigante comenzó a distender sus poderosos músculos que ignoraba tener; y sentía que sus fuerzas y facultades eran ahora nervios, huesos, miembros. Que era una bestia fuerte y consciente, en un mundo inferior.

Y sus cadenas eran leyes, otras fuerzas de la materia que le envolvía, que lo ataba, que lo ahogaba más que la masa que le oprimía.

Y las ligaduras fueron cediendo... cediendo... hasta adojarse. Los montes vacilaron, trepidaron los muros de granito, crepité el antro. Las entrañas de la Tierra se estremecían en orgasmos de parto.

Y fue la obra lenta, intensa inconfundible del feto, de abrirse vía al desgarrar entrañas. La Tierra temblaba en el más difícil de sus partos.

¡Cuántos tiempos, a la medida de los mortales, emplearía ese sepultado para darse paso a través de miles de estratos, zonas, reinos, climas, elementos, vidas, hasta lograr sacar medrosamente su cabeza rebelde y atónita, por un punto de la superficie; y mirar, pasados el deslumbramiento y la estupefacción, otra vez el sol, el cielo, la tierra vegetada... para volver a lanzar, soberbio irredento, en su último rugido de bestia, que fue su primer palabra de Hombre, un nuevo apóstrofo de venganza a los dioses triunfadores!

Y Pthos, el Gigante enterrado vivo, el alma inhumada, el espíritu vestido de músculos y huesos, recubierto de piel y pelo negro y armado de uñas y dientes, desgarró, a cabo de siglos, la última capa más tierna de su gran capuz: el himen de la virgen madre; y su cabeza rebelde emergió sobre el haz como un roto, como un triunfo, como una protesta; y vio la luz. Pero aturdida torpe, porque salía de las tinieblas... cerró sus ojos, afojó sus misionos fatigados... Y Pthos durmió su primer sueño de Hombre-niño.

La Tierra había dado a luz a su hijo legítimo. Quizá lo primero que hizo Pthos fue llorar. Quizá la madre lanzó un enorme grito y lloró

también, y su lamento se perdió entre la música de los mundos.

Pthos lloraría por su raza humanizada; por ese ejército rebelde o quizá qué, inhumado en castigo o en venganza, dos ideas cuyos extremos se confundían.

Y quiso pensar, recordar en su sueño, fugaces vaguedades de otro sueño dilatadísimo, negro y profundo tenía la obsesión de "haber sido". El "había sido", y fue, desde el principio. Desde el principio... de qué?

... Luz... Luz plena... Verdadera Luz...

... Vida... Vida esencial... Ciencia... Poder. Ah, sí... Poder! Libertad!... Triunfo perenne... Felicidad incomparable...

... Nada... Círculos... Noche impenetrable... Quietud aterrante... Estremecimientos formidables... Torbellinos... Vértigo... Cataclismos... Choques de masas... Inmensidad... Silencio... Explosiones horribles... Trastorno universal... Rayos... Luz... Fuego! Mucho fuego... Fuego voraz, inextinguible... inmenso... Océanos de corpúsculos en lucha... Noches... auroras... armonías... Y YO ERA... qué? Incontables millones como yo... ¿Dónde están...? Creación... de qué?... Sí... Yo creaba. Fui alto obrero... Seres superiores guiaban... Y ellos, a su vez... EL...! Ah... Sí... EL EL sin Nombre... EL Inabarcable... EL Arcaico... EL Misterioso... EL Inabarcable... EL SECRETO... Sí... EL... EL...!

... ¡YO SOY! Somos. Podemos... Horror!... Ayl... ¿Qué?... No más... Noche... Noche horrible! Dolor ingrituable... Ira... Soberbia... Blasfemia... Pesadéz... Inercia... Torpeza... Impotencia... Sueño... Tinieblas... Nada... No puedo recordar... Fue un sueño, sin duda... Oh! desesperación del recuerdo junto al olvido!

... Después... Sí... Un destino, un antro de castigo... Allí... Abajo... Abajo... Inferi... Nosotros mismos concurriendo como rituales y obreros, a hacer nuestra cárcel... Sí: bien empleados nuestros poderes imperfectos...

YO fui: Me arrojé en la nebulosa; tuve por manto el torbellino; flote en el fuego, me encerré en el núcleo, me adherí en la condensación primiera, gravité en el primer gránulo del andamiaje; y de estrato en estrato subí, abriendo mi cárcel, rompiendo las entrañas de mi madre. Yo fui inerte en la piedra, duré en el metal, saví en la planta, instinto rudimentario bruto; ánima inconsciente vestí todos los capuces, todas las escamas, las plumas y las pieles; atravesé todos los elementos, recorrí la gama de todas las voces, infusorio al simio...

... Después... Nada... Oh, uplicio del olvido... ¡Oh, desesperante obsesión del recuerdo... Tengo sueño... Pthos duerme... Meditemos nosotros... Modesto Chávez Franco.

GONZALO ZALDUMBIDE

En nuestra solar tierra de apasionados y verbosos líricos, de románticos urgidos por un loco anhelo de sordos sentimentalismos o de simples cultores de las bellas palabras vacías, pirotécnicos del lenguaje, hace aparición, por vez inicial, con Gonzalo Zaldumbide, un curioso y agil espíritu que, desde la obra primitiva de lata un ponderado razonar, una reflexiva gracia engalada por flexible y musical forma y un desusado acierto en el juicio, dones magistrales descharacterísticos de la mocedad de su poseer.

Atento a las infinitas ondulaciones del pensar contemporáneo, como también nutrido de clásicos saberes; scido de la incertidumbre mental que refleja la indecisión del primitivo en búsqueda de su propia manera a través de extrañas actitudes, revélase, en público torneo de inteligencias, con obra que presagia una temprana madurez, comentando el luminoso Ariel del maestro uruguayo, cuya influencia, lejana y perceptible, será tan constante, luego, en toda su actuación literaria, que, al silenciar la voz magistral de Rodó más de un estudioso ha pronunciado el nombre de su glossador y feliz crítico para sucederle en el bello ministerio de orientar las nuevas generaciones americanas hacia las albas de oro por venir.

El, con hondura y perspicacia, estudia y explica la profunda psicología de la obra de Barbusse, aún antes que la fama vocinglera de oficiales consagraciones vibre en loor del trágico poeta de El Infierno.

Con admirable sentido crítico siguió la evolución de Gabriel d'Annunzio, de tan acertada manera que su obra priva entre las innumerables inspiradas por "el Imaginífico", como suele llamarse el soberano artista de La Nave.

Con límpida sonoridad verbal y en bellos dibujos de alma, escribe sus CuENTOS, acaso los más intensos y exornados de belleza estilista que cuenta nuestra Literatura. Y, si al pertenecer y por bien escrita no es dudable su origen—la Eglóga Trágica, Zaldumbide ha enriquecido las Letras patrias con una valiosa obra inspirada en las bellezas del país nativo, y con estudio penetrante de la psicología racial.

Sabedor de que el intelecto humano, —y el suyo es un intelecto d' amor, según decir del trágico gibelino— débese a su tiempo y a su país escrita en el mar turbio de la Historia Literaria Nacional y descubre bellos tesoros desconocidos, exponiendo en la admiración de sus hermanos figuras tan interesantes como poco estudiadas.

Hoy acaba de publicar un ensayo sobre Rodó en que culminan sus facultades analíticas y su perfecto don verbal en forma digna de que el propio maestro de Ariel adoptara a hijo tan gallardo de un talento en sazón para óptimas cosechas de frutos mentales.

Sinó con exclusividad, pues no debemos olvidar a Francisco García Calderón, sí de manera indelible, Gonzalo Zaldumbide continúa, con las mismas facultades que el esteta y pensador difunto, la obra del escritor de Motivos de Proteo en nuestra convulsión, turbulenta y pródiga América, donde ya se escuchan en vasto rumor armonioso los bellos ideales rudosios en germinación.

M. A. S.

José Enrique Rodó SU APARICION Y SIGNIFICADO EN EL MEDIO

Surgió de pronto y ahí se está solitario, y casi inexplicable dentro de su horizonte, este espíritu tan poco singular empero, tan humano y tan universal. Ni le preparan antecesores, ni le rodean semejantes en la literatura de su país. Nada debe Rodó, intelectualmente, al medio en que se abrió a la vida de las ideas; que más bien débete todo, como la mayor parte de nuestros escritores, a influencias lejanas.

Al suelo que le vio nacer, ligado se halla tan sólo por el amor. En la pura, incolora transparencia de su prosa, nada hay de americana ni pintoresco, nada de sabores de tierra o toques de color local. En su elegante y ceñido discurso sobre cosas de América misma, ni en sus hábitos generales de pensamiento y de estilo, queda nada de nativa primitividad.

Desde mozo, lo que sorprende en su acento, es no tanto la precocidad de la convicción cuanto el temple sagaz y firme, la tempranera sazón, el calor a punto, lo que llamáramos su natural madurez: En efecto, aquello de que tan so-

lo en Rodó gustamos enteramente, y como por primera vez, pues que en otros autores americanos le hallamos más bien como conato y aspiración que como calidad natural y constante, es aquella templanza interior del hombre dueño de sí y de su arte, esa tan suave y firme plenitud que denota, ya convertida en la más rica substancia propia, una vasta cultura y pone, en todas sus obras, la más acentuada y leal virtud de persuasión.

Aquel sabor de entera madurez parecemos inestimable en el vórtice de nuestra civilización, entre tanto alarce de aprendices, entre tanto ensayo o promesa quedado en agraz. Si en otros las descubríamos aquí y allá, parecían brote casual o acierto casi inesperado. Donde todo, y particularmente el esfuerzo del estilo, revela el tanteo, la inseguridad del pensamiento, destacan de improviso, en sus hallazgos intermitentes, la inspiración más o menos feliz, o el artificio aplicado e inestable. Poemas, ensayos, libros abundan así en América, que son como aquellos frutos madurados a la fuerza; reblandecidos de un lazo, pintores de otro, bien muestran cómo la pulpa sabrosa y todo, no ha cuajado sus jugos a influjo de una morosa estación propicia. Si algún autor ha logrado en tal o cual de sus obras esta armoniosa granazón interna, no se advierte la necesidad que a darnos tal le predispona: la cultura a que la debe no parece serle consustancial, sino sobresañada oportuna mente. No así en Rodó.

Nada podía gustarnos más. Nuestra civilización, que ha perdido ya toda la ingenuidad, y no ha aprovechado aún a reconstituida en el arte, pues cuando imita el balbuceo y candor de los primitivos es porque así lo hacen las mayores que le sirven de modelo, se afirma más bien por llegar en todo a la última palabra. Aceleramos nuestro ineierto y confuso ritmo, forzamos sin preaviso nuestra mal montada máquina social, por no retardar ni atrasarnos de los conductores y guías. Nuestra literatura, como nuestra vida toda, siente este aquejo. Vano es que nos digan que no estamos aún para eso, que basta o que mejor haríamos con distinguirnos cultivando nuestras peculiaridades, diferenciando nuestras costumbres y pintando nuestros paisajes. Pero la verdad es que nos avergonzamos de las unas, cuando no son las del mundo más civilizado; y en cuanto a los otros, nos bastan a constituirnos un título suficiente. Distinguirnos podemos sólo por lo pintoresco. Mas no queremos ser pintorescos, tal vez porque eso nos renevara todavía de muy cerca el taparrabo y las plumas de nuestros inocentes antepasados. Sería muy pobre orgullo para nosotros. Lo que queremos de todas veras, digase lo que se quiera, es ser hombres, ser pueblos como los de más vieja experiencia y más profunda historia; tomándonos la flor extrema de su saber y de su sentir. Airosa petulancia de adolescentes; pero también, inconstrastable empuje de la vida.

Fácil es ver que el anhelo de acendrar la cultura en sus formas más avanzadas es el lazo de similitud entre los artistas de la generación de Rodó, que impulsieron al público la novedad de su arte, tomándose de los últimos modelos, en particular, franceses. Los europeos y no sólo ella, vieron en el afán de exotismo, que parecía caracterizarlos, la ingenua prontitud del salvaje que trueca los productos de su suelo, así sean los más preciados y necesarios. Por los espejos y abalorios del mercaderante extranjero. Nosotros no vemos en este júbilo bárbaro que se apodera de todo lo "moderno", y lo festeja hasta en sus sucedáneos, y lo imita hasta en sus deformaciones, sino el alarde feliz de una raza joven, impaciente por demostrar su precocidad, su vivacidad intuitiva, su capacidad de asimilación, su alegría de dar también ella en el hito y acordar para el más alto contrapunto de refinamientos su ágil y nerviosa sensibilidad.

A menudo, en este afán de estar al tanto se advierte algo del provinciano que en su aldea sigue la moda de la metrópoli. Por lo mismo, cuando hallamos un Rodó, superior a todas las modas, exento de vanidades, como dominio acabado sobre cuanto contribuye al realce de su aptitud natural, reconocemos en él un perfecto ejemplar de lo que queremos ser, de lo que vamos siendo. Y por esto, en obras como la suya es donde más altamente se cifra nuestro esfuerzo por llegar, del rápido aprendizaje a la maestría, nuestra capacidad de reproducir y quizá agrandar, —ya que no hemos creado, ni lo podríamos, una civilización divergente, peculiar y exclusiva nuestra, — ciertos moldes del mundo moderno.

Este afán de madurez es lo único que pone cierta unidad de sentido en la pluralidad de nuestros entusiasmos. Por ejemplo, en la premura con que toda una generación, de 1890 a 1910, llenó nuestra literatura de novedades en ella antes inauditas, acogiendo desde el principio como expresión suya, y simultánea, aunque en apariencia contradictoriamente, la poesía estatuaría, con Leopoldo Díaz, y un nuevo sentido del ritmo con la divina música primera de Rubén Darío, hay, sobre todo, el secreto delator de esa inaplazable necesidad. Entre los varios iniciadores de tal movimiento no hay sino aquesta innegable comunidad, y en todos, una misma ley de imitación se cumple.

La generación anterior, que recibió en legado del romanticismo, como única esperanza de arte nuevo y propio, la posibilidad de un arte americano, de alma y forma autóctonas, no logró realizarla en ejemplos muy convenientes, a pesar de que a Járnelos le imitaba su favorito realismo, exigiéndole tan sólo la expresión sincera de su verdad. De habernos impuesto su inspiración como norma única, habría estrechado inútilmente el horizonte. Era imposible engañar con el verismo de lo circunstancial, la ansiedad insoportable de lo universal, con que procuramos salir de nuestra pequeñez y aislamiento. Injusticia era, por otra parte, exigir que, en todos los órdenes de la actividad pública y privada, pasaba por timbre de orgullo y garantía de excelencia el modelarse conforme a instituciones, leyes y fines prevalecientes en los países conductores, tan sólo la literatura se abstuviese de esoger modelos y lo sacase todo del propio suelo.

Su error era el candoroso de creer que el esplendor de nuestra naturaleza debía bastar a todo y suplir a todo. Pero los paisajes no dictaron nunca muy claro su pensamiento y si dan la materia del canto o la emoción inicial con el espectáculo de su gracia o de su grandeza, no enseñan por sí solos el ritmo en que ha de modularse su inspiración. De otro modo, ¿cómo quiera haya montes y ríos, habría poetas silvestres y lluviales, por decirlo así, que se les parecieran.

Son los libros los que engendran libros. Y los que llegaban por entonces de Francia eran reveladores de cosas que nunca el medio, el paisaje dirían... ¿De quién la culpa, si los jóvenes poetas sentían o creían sentir mejor la poesía en Verlaine, que no en los pintorescos del candillaje o en los bosques y cordilleras todavía sin alma?

Desvanecido, por falta de pruebas, el orgullo de poder crear por sí y ante sí un arte aislado y suficiente; aceptada, hasta con satisfacción, en los demás órdenes, la fatalidad de esta dependencia intelectual, preciso era resarcirse mediante la reconocida aptitud a la asimilación. La intuición, el poder adivinatorio, el afán de ponerse al tanto, eran los verdaderos

EL ESPIRITU DEL ARBOL

¡Oh, tu quietud vibrante, tu magnánima calma sonora, la que enraiza en el hondo corazón de la tierra bendita, y tus hojas que fluyen, en un raptó de sed infinita, la visión insaciada, la pupila que todo lo explora!

Somos signos fraternos; es la misma la queja que llora en tu arrullo y mi canto; es el mismo el afán que se agita en tu savia y mi sangre; y el idéntico anhelo gravita tan tenaz, que no extingue ni perturba el correr de la hora.

¡Ah, ser firme y sereno con el ansia tendida a lo ignoto, y afanzado a la vida, ir buscando en un vuelo remoto el anímico rastro de las aves, las notas y el viento;

allegarse a lo humilde, ascender con el ala que sube y ser sombra a la fuente, paz al niño, sonrisa a la nube, y a la vez ser inmóvil, majestuoso como un pensamiento!...

Enrique González Martínez.

SONETOS DE LA TARDE

A. J. EDUARDO MOLESTINA S.

Despacio... y como atentos a la voz del destino diluida en el grave son de los campanarios, íbamos silenciosos por el viejo camino donde se alzan escuetos árboles milenarios.

Lejos... lloraba el Angelus desde una triste ermita. Se desmayó la hora trémula en el ocaso. Y tuvieron la angustia de esa tarde infinita las hojas que caían muertas a nuestro paso.

Ella y yo por la senda triste... La fuente clara rimaba sonatinas como si fuesen para nuestro amor, para ella que tenía en su frente

una vaga dulzura crepuscular dormida. Yo le dije un secreto triste como la vida y ella cerró los ojos melancólicamente...

II

Ignomamente pones en tu balcón florido la nota más romántica de esta tarde de lluvia. Voy a hilar mi nostalgia de sol que se ha dormido en la seda fragante de tu melena rubia.

Hay un libro de versos en tus manos de luna. En el libro, un poema que se deshoja en rosas... Tiendes la vista al cielo... Y en tus ojos hay una devoción infinita para mirar las cosas.

Tiembla en tus labios rojos la emoción de un poema. Yo, cual viejo neurótico, seguiré con mi tema en esta tarde enferma de cansancio y de lluvia.

Y siempre, cuando mueran crepúsculos de olvido, hilaré mi nostalgia de sol que se ha dormido en la seda fragante de tu melena rubia.

José María EGAS M.

móviles de la sinceridad literaria, sin contar con el prurito de novedad, que entre los jóvenes (que sólo por ser jóvenes creen en ella) es la forma crónica del inquieto instinto de imitación.

Si buscáramos en el medio otra razón a su éxito, la hallaríamos, seguramente, adaptable a su caso y como preestablecida a él; tan fáciles son los juegos a que se presta el llamado aspecto sociológico de la obra de arte. Pero nuestra explicación volvería acaso más difícil o más incierta, a pesar de la elasticidad del determinismo taineano, la de casos contrarios o diversos que, sin embargo, produjeron contemporáneamente fenómenos similares.

Si unos pocos innovadores logran imponer a nuestra apartada literatura el movimiento que en otras partes fuera resultado de largas oscilaciones espirituales o necesidades originales del medio, puede decirse que el ambiente por ellos revuelto estuvo acaso esperando el soplo de orientación y despejo que la obra de Rodó trajo consigo.

Gonzalo Zaldumbide.

(Del libro José Enrique Rodó, que acaba de aparecer).

PLEGARIA NOCTURNA

Madre: de aquel que nutriste en tus entrañas dándole su carnal apariencia y en quien luego depositaste lo más puro de tu espíritu, llegue hasta tí la voz clamante, rota en sollozos de una emoción inextinguible.

Madre: tú me dijiste que por El cuya vida fue holocausto de amor, llamara al indigente y al rico, al puro de corazón y al fariseo, hermanos. Y yo amé en Jesús Cristo a todos y a todos él el trigo espiritual o el que sustenta la materia. Y Judas tuvo sitio en mi mesa; y, de ella, salió a venderme. Y no uno, cien discípulos me negaron tres veces, mientras alzaba mi corazón, hostia sangrienta. Al que todo lo mira, en mi huerto de los suplicios.

Tú me dijiste que aprendara al peregrino; y el peregrino desvalijó mi hacienda.

Los ojos, cuyo llanto enjugué, se volvieron contra mí resplandecientes de soberbia, llamando ira.

El labio cuya sed apagó mi ánfora, vi torcerse en mueca orgullosa, maseando injurias contra mí.

Las manos cuya sangre restañé, eris páronse como garras en las empuñaduras de las espadas que me hirieron en la sombra; y fue la del amigo preferido la mano que vertió en mi copa la hiel máxima.

Los pies llagados, que vendé con fraternal cariño, corrieron presurosos, llevando a tu dueño a integrar la legión enemiga; y fueron cómplices de mi daño.

Tú me diste la mansedumbre contra la ira; la lealtad contra el engaño; la caridad contra la avaricia de los dones del alma: un tesoro de espirituales maravillas; ¡ay de mí! he sido tan pródigo dél, que hoy me hallo mendigo y a trueque de mi tesoro, revuelvo en mis manos viejas monedas de misero valor.

Medardo Angel SILVA.

EXTASIS SERENO

Jardín de mis ensueños, ilustre jardín de mis románticas sandeces en tu quietud has sido al sanatorio para esta sed eterna en veladuras.

Cuántas veces he visto el irritado cortejo de pueriles vanidades venir a divorciar mi desposorio con tus blancas y tristes sandeces.

Pero mi corazón que es triste y grave porque a la luz de sus insomnios sabe de esa gracia infantil de la verdad,

espera convertir toda su pena en la Esfinge hierática y serena de su camino astral de soledad.

J. J. PINO de IZALLA.